

Introducción a la semana

Última semana del Tiempo pascual, que culmina con la fiesta de Pentecostés. La liturgia nos prepara, con las primeras lecturas, para la venida del Espíritu, del que la semana pasada nos hablaron los textos del evangelio. En la predicación de Pablo aparecen unidos el bautismo y la efusión del Espíritu, que afianza la fe de los nuevos discípulos. Es ese mismo Espíritu el que va dando a conocer de antemano al Apóstol las dificultades que le aguardan en cada etapa de su itinerario misionero: así lo confiesa en un nuevo discurso, dirigido a los responsables de las comunidades recientemente fundadas. Al hablarles, los pone en guardia ante las desviaciones que se producirán a lo largo de su labor pastoral y los anima a seguir su ejemplo de entrega desinteresada a esa tarea.

A grandes rasgos, los últimos capítulos del libro de los Hechos describen algunos episodios del viaje de Pablo a Roma, capital del mundo pagano, donde culminará su misión de servicio al Evangelio. Hasta allí lo ha conducido el Espíritu, dando cumplimiento al mandato de Jesús de ser sus testigos "hasta los confines de la tierra".

El evangelio de Juan se centra sobre todo en lo que llamamos la "oración sacerdotal" de Jesús. Su intimidad con el Padre se manifiesta aquí en una bellísima plegaria por tres intenciones: 1) pide por su propia glorificación, como consecuencia de haber glorificado él al Padre con su obediencia hasta la muerte; 2) pide por sus discípulos, por los que dio su vida, para que el Padre los guarde en adelante y los haga plenamente suyos, a fin de que también ellos desempeñen eficazmente la misión que se les confió; 3) pide por todos aquellos que crean en él a través de la palabra de sus discípulos, para que vivan unidos en el amor y así el resto del mundo pueda aceptar su testimonio.

Al final de ese evangelio, Jesús confía a Pedro la responsabilidad pastoral de la Iglesia, después de que éste le confiesa su amor incondicional. Y el "discípulo amado" confirma la veracidad de todo el relato con su testimonio personal.

Lun

6
Jun

2011

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

"Yo he vencido al mundo "

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 19, 1-8

Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo atravesó la meseta y llegó a Éfeso. Allí encontró unos discípulos y les preguntó:

«¿Recibisteis el Espíritu Santo al aceptar la fe?».

Contestaron:

«Ni siquiera hemos oído hablar de un Espíritu Santo».

Él les dijo:

«Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?».

Respondieron:

«El bautismo de Juan».

Pablo les dijo:

«Juan bautizó con un bautismo de conversión, diciendo al pueblo que creyesen en el que iba a venir después de él, es decir, en Jesús».

Al oír esto, se bautizaron en el nombre del Señor Jesús; cuando Pablo les impuso las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y se pusieron a hablar en lenguas extrañas y a profetizar. Eran en total unos doce hombres.

Pablo fue a la sinagoga y durante tres meses hablaba con toda libertad del reino de Dios, dialogando con ellos y tratando de persuadirlos.

Salmo de hoy

Sal 67, 2-3. 4-5ac. 6-7ab R/. Reyes de la tierra, cantad a Dios

Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos,
huyen de su presencia los que lo odian;
como el humo se disipa, se disipan ellos;
como se derrite la cera ante el fuego,
así perecen los impíos ante Dios. R/.

En cambio, los justos se alegran,
gozan en la presencia de Dios,
rebosando de alegría.
Cantad a Dios, tocad a su nombre;

su nombre es el Señor. R/.

Padre de huérfanos, protector de viudas,
Dios vive en su santa morada.
Dios prepara casa a los desvalidos,
libera a los cautivos y los enriquece. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 16, 29-33

En aquel tiempo, los discípulos dijeron a Jesús:

«Ahora sí que hablas claro y no usas comparaciones. Ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que te pregunten; por ello creemos que has salido de Dios».

Les contestó Jesús:

«¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Se bautizaron en el nombre del Señor Jesús”

Tenemos que contextualizar lo que nos dice la primera lectura. Estamos en los primeros momentos de expansión del cristianismo. No se podía explicar toda su riqueza en un día. La influencia de Juan el Bautista todavía subsistía. Algunos de los nuevos discípulos habían recibido el bautizo de Juan el Bautista. Pablo les convence de que el Bautista habló de la necesidad de creer y acoger a Jesús, del que él era sólo su Precursor. Aceptan el bautismo de Jesús, como signo de la aceptación de su persona y de su mensaje. Y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen morada en ellos. Y San Pablo sigue predicando en Éfeso el mensaje de Jesús, el proyecto de Jesús para toda la humanidad, es decir, el “Reino de Dios”. Quien lo acepte debe bautizarse y dejar que Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, reinen en su vida, rijan su corazón y todos sus actos.

“Yo he vencido al mundo”

Lo de los apóstoles con Jesús fue un proceso largo, lento. Aunque le siguieron desde la primera llamada, necesitaron mucho tiempo para dejar que Jesús reinase en su corazón, para seguirle de verdad. Están emocionados porque Jesús les ha hablado del Padre y dicen que ahora ven las cosas claras y creen con más intensidad en Jesús. Pero Jesús, en un ejercicio de paciencia divina e infinita, les recuerda que todavía no tienen las cosas tan claras como para seguirle hasta el final, para seguirle hasta el pie de la cruz. Cuando llegue este momento le van a dejar solo. En esa situación y en todas, su apoyo, su roca firme, va a ser el Padre que siempre va con Él.

Pronostica a los apóstoles que también ellos van a su sufrir tribulaciones, cruces, abandonos... la única manera de vencer esas dificultades es la de apoyarse en el Padre, en el Espíritu y en el mismo Jesús, nuestro Dios Trinidad que nunca nos abandona. “En el mundo tendréis luchas, pero tened valor: Yo he vencido al mundo”. Lo que les dijo a los apóstoles, nos lo dice a nosotros, sus seguidores del siglo XXI. ¡Ojalá le hagamos caso!



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar

7

Jun

2011

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“Ser testigo del Evangelio, que es la gracia de Dios ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 20, 17-27

En aquellos días, Pablo, desde Mileto, envió recado a Éfeso para que vinieran los presbíteros de la Iglesia. Cuando se presentaron, les dijo:

«Vosotros habéis comprobado cómo he procedido con vosotros todo el tiempo que he estado aquí, desde el primer día en que puse el pie en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de las pruebas que me sobrevinieron por las maquinaciones de los judíos; cómo no he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando en público y en privado, dando solemne testimonio tanto a judíos como a griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús.

Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu.

No sé lo que me pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de

Dios.

Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a ver mi rostro. Por eso testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos: pues no tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios».

Salmo de hoy

Sal 67, 10-11. 20-21 R/. Reyes de la tierra, cantad a Dios

Derramaste en tu heredad, oh, Dios, una lluvia copiosa,
aliviaste la tierra extenuada;
y tu rebaño habitó en la tierra
que tu bondad, oh, Dios,
preparó para los pobres. R/.

Bendito el Señor cada día,
Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación.
Nuestro Dios es un Dios que salva,
el Señor Dios nos hace escapar de la muerte. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 1-11a

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, dijo Jesús:

«Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti y, por el poder que tú le has dado sobre toda carne, dé la vida eterna a todos los que le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo.

Yo te he glorificado sobre la tierra, he llevado a cabo la obra que me encomendaste. Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese.

He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me has enviado.

Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos. Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y en ellos he sido glorificado. Ya no voy a estar en el mundo, pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti».

Reflexión del Evangelio de hoy

En la primera lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles vemos como Pablo dirige la palabra a los presbíteros, es decir, a las personas más ancianas de la comunidad de Éfeso. En estas palabras encontramos una justificación de Pablo y de todo lo que ha hecho. Y sobre todo lo que Pablo nos deja claro, es el único interés y motivo por el que se ha movido en su vida: cumplir el encargo que le hizo el Señor Jesús: ser testigo del Evangelio, que es la gracia de Dios. Pablo afirma con tenacidad: No me he reservado nada, he predicado siempre el Reino. Es aquí donde reside la fuerza de Pablo: en predicar. La fuente de donde brota la resistencia de Pablo es la predicación.

El Evangelio es el comienzo del capítulo 17 de Juan, un capítulo que entero se le conoce como la oración sacerdotal de Jesús. Jesús se dirige al Padre de una manera singular delante de los discípulos; y se dirige además siguiendo el modelo de oración de todos los sacerdotes del Antiguo Testamento. El sacerdote en el Antiguo Testamento es el mediador entre Dios y el pueblo, es decir, es el que habla a Dios en nombre del pueblo. Jesús, al igual que los grandes sacerdotes de Israel, se dirige a Dios en nombre, no propio, sino de sus discípulos para que Dios los proteja cuando Él ya no esté. Ya cercanos a la fiesta de Pentecostés comienza a vislumbrarse como Dios protegerá y guiará a su pueblo: por medio del Espíritu de Jesús. La efusión del Espíritu, Pentecostés, será el cumplimiento de esta oración.

Las lecturas de hoy podrían parecernos bastante sacerdotales olvidando a los fieles laicos. Desde el momento de nuestro bautismo, todos fuimos sellados a fuego como sacerdotes, reyes y profetas. Todos podemos encontrar la fuente de Vida, de nuestra vida, en la predicación; ¿cómo? Predicando... (profeta). Y todos podemos intentar "conmover a Dios" para que escuche nuestra oración en nombre de los otros y no propio. (sacerdote) ¡Cómo Dios no va a escuchar la oración de una madre que llora por sus hijos, de una madre que no sabe que es vivir para sí sino para sus hijos! ¡Cómo Dios no se va a conmover para recoger las lágrimas de un pueblo que llora en medio del sufrimiento! Esta es la oración que conmueve el corazón de Dios y hace que lllore... y las lágrimas que caen de Dios son nuestra salvación.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Miércoles

8
Jun

2011

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“Os dejo en manos de Dios”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 20, 28-38

En aquellos días, dijo Pablo a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso:

«Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo.

Yo sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. Incluso de entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por eso, estad alerta: acordaos de que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular.

Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construirsos y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados. De ninguno he codiciado dinero, oro ni ropa. Bien sabéis que estas manos han bastado para cubrir mis necesidades y las de los que están conmigo. Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Hay más dicha en dar que en recibir”».

Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas y oró con todos ellos. Entonces todos comenzaron a llorar y, echándose al cuello de Pablo, lo besaban; lo que más pena les daba de lo que había dicho era que, no volverían a ver su rostro. Y lo acompañaron hasta la nave.

Salmo de hoy

Sal 67, 29-30. 33-35a. 35bc y 36d R/. Reyes de la tierra, cantad a Dios

Oh, Dios, despliega tu poder,
tu poder, oh, Dios, que actúa en favor nuestro.
A tu templo de Jerusalén
traigan los reyes su tributo. R/.

Reyes de la tierra, cantad a Dios,
tocad para el Señor, tocad para Dios,
que avanza por los cielos, los cielos antiquísimos;
que lanza su voz, su voz poderosa.
«Reconoced el poder de Dios». R/.

Sobre Israel resplandece su majestad,
y su poder sobre las nubes.
¡Dios sea bendito! R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 11b-19

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, oró Jesús diciendo:

«Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida.

Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Os dejo en manos de Dios”

Las lecturas de hoy tienen un gran paralelismo, Jesús y Pablo se despiden, no sin antes dejar sus recomendaciones.

Pablo afirma que va a Jerusalén “encadenado por el Espíritu Santo”, siente su impulso y aun sabiendo que allí le esperan cadenas y tribulaciones, no da marcha atrás, se deja guiar por el Espíritu. A la vez, siente pena de dejar la comunidad cristiana de Éfeso, en la que ha trabajado sin descanso por la predicación del Evangelio de Jesús y, a la cual, cree que no volverá; por eso, llama a los presbíteros para exhortarles sobre el cuidado del “rebaño”, demostrando el interés, el celo e incluso la ternura que tiene para todos, los ama entrañablemente y pide que los cuiden demostrando así su grandeza de corazón.

“Os dejo en manos de Dios y de su palabra de gracia”, tened cuidado con los que vengan a vosotros metiendo cizaña, deformando la doctrina, que yo os he enseñado sin otro interés que el de hacer conocer a Jesús. No he sido gravoso a nadie, he trabajado para mi sustento, el de mis compañeros, y también para ayudar a los necesitados de la comunidad, recordando las palabras de Jesús: “Hay más dicha en dar que en recibir”.

“Que sean uno como nosotros”

Jesús también, en este pasaje tiene palabras de despedida y solicitud para sus seguidores. Pide al Padre que los guarde, dice: eran tuyos, tú me los diste, yo los he guardado en tu nombre, los he custodiado, ellos han recibido tu Palabra, ahora ruego por ellos: "que vivan unidos, que sean uno como lo somos nosotros y así tengan alegría completa.". Solo en la unidad del amor se puede vivir la plena felicidad, eso es lo que Jesús pide en esta oración, para los que le han acompañado y recibido su mensaje de amor; que los conserve en la verdad para que puedan ser portadores de la misma ante el mundo, así como el Padre envió a Jesús para revelarnos su Verdad, así Él, envía a sus discípulos al mundo, para que también ellos se consagren en la verdad.

El seguimiento de Cristo exige vivir en el amor, anunciando su Verdad a todos, verdad que, muchas veces, al mundo le molesta, por eso la rechaza, la odia y odia a quienes la proclaman; recordemos: "Si me odiaron a mí, también os odiarán a vosotros", pero, Él está con nosotros. ¿Por qué temer?



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Jue

9
Jun

2011

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

"Que todos sean uno, como tú, Padre en mí y yo en ti "

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 22, 30; 23, 6-11

En aquellos días, queriendo el tribuno conocer con certeza los motivos por los que los judíos acusaban a Pablo, mandó desatarlo, ordenó que se reunieran los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno y, bajando a Pablo, lo presentó ante ellos.

Pablo sabía que una parte eran fariseos y otra saduceos y gritó en el Sanedrín:

«Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo, se me está juzgando por la esperanza en la resurrección de los muertos».

Apenas dijo esto, se produjo un altercado entre fariseos y saduceos, y la asamblea quedó dividida. (Los saduceos sostienen que no hay resurrección ni ángeles ni espíritus, mientras que los fariseos admiten ambas cosas). Se armó un gran griterío, y algunos escribas del partido fariseo se pusieron en pie, porfiando:

«No encontramos nada malo en este hombre; ¿y si le ha hablado un espíritu o un ángel?».

El altercado arreciaba, y el tribuno, temiendo que hicieran pedazos a Pablo, mandó bajar a la guarnición para sacarlo de allí y llevárselo al cuartel.

La noche siguiente, el Señor se le presentó y le dijo:

«¡Ánimo! Lo mismo que has dado testimonio en Jerusalén de lo que a mí se refiere, tienes que darlo en Roma».

Salmo de hoy

Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano. R/.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.

Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa esperanzada.

Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 20-26

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, oró Jesús diciendo:

«No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.

Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí.

Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo.

Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Los Hechos, en la 1ª Lectura, nos muestran a Pablo en Jerusalén, en el año 57. Los judíos le acusan, una vez más, de predicar contra la Ley de Moisés. Acusaciones que provocan su encarcelación por los romanos. El párrafo de hoy corresponde a la estrategia de Pablo en el juicio, logrando que tanto fariseos como saduceos se pongan a discutir sobre la resurrección, de tal forma que Pablo es retirado de la sala por seguridad.

El Evangelio nos regala la última parte de la plegaria de Jesús, al final de la Última Cena, pidiendo la unidad de todos los que en el futuro crean en él.

“Que todos sean uno”

Jesús pide al Padre la unidad a tres bandas: “Que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy”, o sea, unidad con Jesús, lógica, por otra parte, puesto que si nos decimos seguidores suyos no podemos ya seguir a otro u otros, sino ni siquiera parecerlo; en segundo lugar, unidad con el Padre: “Para que el amor que me tienes, esté en ellos, como también yo estoy en ellos”; y, como culminación y validación de estas manifestaciones de unidad, la de unos con otros, la de todos los que nos decimos seguidores de Jesús, cristianos. “Que sean uno –pide Jesús- como nosotros, Padre, somos uno”.

Con este marco de referencia trinitario, vemos más claramente que, en cuanto a la unidad pedida por Jesús, tenemos que atender siempre a lo común y a lo diferencial. Lo diferencial en la Trinidad está en las Personas; en nosotros, en los miembros, cada uno con nuestras diferencias. Lo común en la Trinidad, en palabras de Jesús, “que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti... Que todos sean uno como nosotros somos uno”. En nosotros, en los valores cristianos y humanos. Todos necesitamos ser queridos y reconocidos. Todos buscamos los mismos fines con medios y normas similares. En palabras de san Agustín: “En lo esencial, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad”.

“Mirad cómo se aman”. “Mirad lo unidos que están”

En las primeras comunidades cristianas, los seguidores de Jesús ponían sus bienes en común y, muy particularmente, “tenían un solo corazón”. Y aquella forma de vivir validaba el amor de Dios a los hombres, ofreciéndoles un signo de credibilidad de que Dios había enviado a su Hijo al mundo para salvarlo. Y la gente, apercebida del milagro, exclamaba: “Mirad cómo se aman”.

Hoy Jesús pide un segundo signo: que nuestra unidad sea auténtica y perfecta “para que el mundo vea que tú me has enviado”. Jesús condiciona el resultado de la misión al valor de la unidad entre sus seguidores. “Id por todo el mundo y haced discípulos míos...” Pero, id unidos “como nosotros – dice Jesús a su Padre- somos uno”.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Vie

10

Jun

2011

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 25, 13b-21

En aquellos días, el rey Agripa y Berenice llegaron a Cesarea para cumplimentar a Festo. Como se quedaron allí bastantes días, Festo expuso al rey el caso de Pablo, diciéndole:

«Tengo aquí un hombre a quien Félix ha dejado preso y contra el cual, cuando fui a Jerusalén, presentaron acusación los sumos sacerdotes y los ancianos judíos, pidiendo su condena. Les respondí que no es costumbre romana entregar a un hombre arbitrariamente; primero, el acusado tiene que carearse con sus acusadores, para que tenga ocasión de defenderse de la acusación. Vinieron conmigo, y yo, sin dar largas al asunto, al día siguiente me senté en el tribunal y mandé traer a este hombre.

Pero, cuando los acusadores comparecieron, no presentaron ninguna acusación de las maldades que yo suponía; se trataba solo de ciertas

discusiones acerca de su propia religión y de un tal Jesús, ya muerto, que Pablo sostiene que está vivo. Yo, perdido en semejante discusión, le pregunté si quería ir a Jerusalén a que lo juzgase allí de esto. Pero, como Pablo ha apelado, pidiendo que lo deje en la cárcel para que decida el Augusto, he dado orden de que se le custodie hasta que pueda remitirlo al César».

Salmo de hoy

Sal 102, 1bc-2. 11-12. 19-20ab R/. El Señor puso en el cielo su trono

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R/.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que le temen;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos. R/.

El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.
Benedicid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 15-19

Habiéndose aparecido Jesús a sus discípulos, después de comer, le dice a Simón Pedro:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?».

Él le contestó:

«Sí, Señor, tú sabes que te quiero».

Jesús le dice:

«Apacienta mis corderos».

Por segunda vez le pregunta:

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?».

Él le contesta:

«Sí, Señor, tú sabes que te quiero».

Él le dice:

«Pastorea mis ovejas».

Por tercera vez le pregunta:

«Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?».

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó:

«Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero».

Jesús le dice:

«Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras».

Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió:

«Sígueme».

Reflexión del Evangelio de hoy

El texto evangélico nos presenta hoy un juego de palabras que merece nuestra máxima atención, si es que queremos saborear el fondo de la cuestión. Para hacerlo, no tenemos más remedio que recurrir a algunas particularidades del griego bíblico, idioma original del Nuevo Testamento.

Después de la Resurrección, y por tanto tras las consabidas tres negaciones de Pedro, Jesús pregunta al apóstol que si lo ama, a lo que él responde que sí, pero no lo hace con el verbo amar, sino con el verbo querer: "Señor, tú sabes que te quiero". El verbo castellano amar traduce al griego "Agapao" y el de querer a "fileo". El primero de ellos, Agapao, es el amor que se le asigna a la forma que Dios tiene de darse: amor universal, total y comprometido. Fileo, en cambio, es el amor reservado a los amigos, e incluso a las cosas. Un amor más de andar por casa, que, ni por asomo tiene tal grado de profundidad.

Esto es lo que ocurre en las dos primeras preguntas y respuestas del interrogatorio, no así en la última, en la que el Maestro cambia agapao por fileo y le pregunta a Pedro: ¿me quieres?, provocando en el primer apóstol una profunda tristeza.

Según algunos exégetas, esta tristeza no se debe tanto a la reiteración de la pregunta, cuanto al hecho de que Jesús reconociera en Pedro que en realidad no estaba preparado para la entrega total a su persona, tan sólo podía ofrecer el querer, el cariño, pero nada más.

La profunda adhesión a Jesús y a su evangelio es el objetivo último de todos los creyentes. Aquel que lo ama con el verbo agapao, sin condiciones, para siempre y entregando su persona, es el que ha encontrado el tesoro evangélico escondido en el campo. Pedro, en definitiva, representa la metáfora de todas nuestras vidas. Tantas veces en las que queremos amar y sólo nos sale querer.

Sin embargo, la vida posterior de Pedro desdice todo esto, y los Hechos de los Apóstoles nos muestran a un gran creyente que da la vida por su Señor. Si bien Pedro, como todos nosotros, es el que niega y el que ama a medias, también es el que cambia, se convierte, y no cesa en encontrar la plenitud del discípulo. Ojalá que esta última parte también sea metáfora de nuestras vidas.



Sáb 11 Jun 2011
Evangelio del día
Séptima Semana de Pascua
Hoy celebramos: San Bernabé (11 de Junio)

“Id y proclamad que el Reino está cerca”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 11, 21-26; 13 1-3

Cuando los de la iglesia de Jerusalén conocieron esta noticia, mandaron a Bernabé a Antioquía. Al llegar, Bernabé vio cómo Dios los había bendecido, y se alegró mucho. Animó a todos a que con corazón firme siguieran fieles al Señor. Porque Bernabé era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe. Y así mucha gente se unió al Señor.

Después de esto, Bernabé fue a Tarso en busca de Saulo, y cuando lo encontró lo llevó a Antioquía. Allí estuvieron con la iglesia un año entero, enseñando a mucha gente; y allí, en Antioquía, fue donde por primera vez se dio a los discípulos el nombre de cristianos.

En la iglesia de Antioquía había profetas y maestros. Eran Bernabé, Simón (al que también llamaban el Negro), Lucio de Cirene, Menahem (que se había criado junto con Herodes, el que gobernó en Galilea) y Saulo. Un día, mientras celebraban el culto al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: “Separadme a Bernabé y a Saulo para la tarea a la que los he llamado.”

Entonces, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron.

Salmo de hoy

Sal 97,1- 6 R. El Señor revela a las naciones su justicia

Cantad al Señor una canción nueva,
pues ha hecho maravillas!
¡Ha alcanzado la victoria
con su gran poder, con su santo brazo
El Señor ha anunciado su victoria,
ha mostrado su justicia
a la vista de las naciones;
ha tenido presentes su amor y lealtad
hacia el pueblo de Israel.
¡Hasta en el último rincón del mundo ha sido vista
la victoria de nuestro Dios

Cantad a Dios con alegría,
habitantes de toda la tierra;
dad rienda suelta a vuestra alegría
y cantadle himnos.
Cantad himnos al Señor al son del arpa,
al son de los instrumentos de cuerda.
Cantad con alegría ante el Señor, el Rey,
al son de los instrumentos de viento.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10,7-13

Id y anunciad que el reino de los cielos está cerca. Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad de su enfermedad a los leprosos y expulsad a los demonios. Gratis habéis recibido este poder: dadlo gratis.

“No llevéis oro ni plata ni cobre ni provisiones para el camino. No llevéis ropa de repuesto ni sandalias ni bastón, pues el obrero tiene derecho a su sustento.

“Cuando lleguéis a un pueblo o aldea, buscad a alguien digno de confianza y quedaos en su casa hasta que salgáis de allí. Al entrar en la casa, saludad a los que viven en ella. Si la gente de la casa lo merece, la paz de vuestro saludo quedará en ella; si no lo merece, volverá a vosotros.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Bernabé era un hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe”

Hoy celebramos al apóstol Bernabé, compañero de Pablo y colaborador suyo en la obra misionera.

En la primera lectura se nos describen algunos rasgos de su personalidad: es un hombre bueno, justo, íntegro, fiel a los mandatos de Dios y además está “lleno del Espíritu Santo y de fe”, es decir, que es una persona dócil a la acción de Dios en la expansión del evangelio.

Cuando la Iglesia de Jerusalén se enteró de la respuesta positiva de los habitantes de Antioquía frente al Evangelio, los discípulos les enviaron a Bernabé. Es importante este signo, porque Bernabé no llegó allí por su cuenta, sino enviado por la Iglesia Madre. Cuando hacemos un servicio enviados por una comunidad, la tarea realizada tiene un sentido distinto. Bernabé tampoco se atribuye así mismo el éxito de su predicación, él veía la “acción de la gracia de Dios” y exhortaba a todos “a seguir unidos al Señor”. Aquí el protagonista es Jesucristo.

En la Iglesia de Antioquía, Bernabé era considerado dentro del grupo de los profetas y maestros. Más tarde se fue en busca de Pablo y el Espíritu Santo eligió a los dos para evangelizar “hasta el último rincón del mundo” –como dice el salmo responsorial–.

La imposición de las manos y la oración de los fieles, unida al ayuno, constituyen un signo de la comunicación del Espíritu. Con este gesto, los discípulos reconocen y confirman su obra misionera y se dan cuenta de que el mensaje de Jesús es universal, para todos los hombres.

“Id y proclamad que el Reino está cerca”

El Evangelio recoge mensajes de Jesús muy radicales; no deja a los predicadores ni siquiera llevar alforja para el camino, porque han puesto su seguridad en Dios y si predicán que no les va a faltar nada, tienen que demostrarlo con su ejemplo.

La confianza en el Señor se refleja en la paz que transmiten. No tenemos que tener todo bien atado, para tener paz. La paz que nos da el Señor está por encima de toda angustia, dificultad, desaliento, incomodidad... Si buscamos el Reino, lo demás nos será dado por añadidura, y veremos cómo el Señor nos cuida hasta en los más pequeños detalles.

Bernabé experimentó todo esto varias veces. Este apóstol, al estar asociado a la gran figura de San Pablo, parece que ha quedado un poco más “en la sombra”, pero esto le dio la posibilidad de aprender en su propia carne la enseñanza de Jesús: “lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”.

¡Gracias Señor por darnos tu paz!; enséñanos a seguir unidos a Ti en todo momento, para la construcción de un mundo nuevo.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

San Bernabé

Siglo I

Era un judío originario de la isla de Chipre. Afincado en Jerusalén, ejercía el ministerio de levita. Fue uno de aquellos servidores del templo que se unieron a la comunidad de los discípulos de Jesús. Su verdadero nombre era José, pero los apóstoles le dieron el sobrenombre de Bernabé, que significa: «hijo de la exhortación», y según otras tradiciones «hijo de la consolación». En realidad, ese nombre debería traducirse por «hijo de la profecía». De él se nos cuenta que poseía un campo, que lo vendió y entregó a los apóstoles el dinero conseguido con aquella venta. Bernabé se convierte, por tanto, en un ejemplo del espíritu de comunicación de bienes que animaba en Jerusalén a la comunidad de los hermanos (cf. Hch 4, 36).

Bernabé y Saulo en Antioquía

En esa misma ciudad y por el mismo tiempo, otro judío llamado Saulo dedicaba todo su celo religioso a perseguir a los seguidores de Jesús. Pronto correría la voz de que, yendo de camino hacia Damasco, Saulo había oído la voz del mismo Jesús que se identificaba con los perseguidos. Hospedado en casa de un tal Judas, Saulo había sido visitado por un discípulo llamado Ananías, quien de impuso las manos y le dijo: "Saúl, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo"» (Hch 9, 17).

El converso Saulo comenzaría inmediatamente a predicar en las sinagogas que Jesús era el Mesías Hijo de Dios.

Cuando los judíos tomaron la decisión de matarle, Saulo huyó de la ciudad y llegó a Jerusalén. Allí fue recibido con recelo por los miembros de la comunidad que él había perseguido. Precisamente en ese momento intervino Bernabé para presentarlo a los apóstoles y contarles cómo Saulo había visto al Señor en el camino y cómo había predicado con valentía en Damasco en el nombre de Jesús (Hch 9, 27). También en Jerusalén proyectaron matarlo, esta vez los judíos helenistas, pero los hermanos, al saberlo, acompañaron a Saulo a Cesarea del Mar y le hicieron marchar a Tarso (Hch 9, 27.30).

Y allí habría permanecido Saulo si Bernabé no hubiera intervenido de nuevo. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos hace ver la vitalidad de la comunidad de Antioquía. Era ésta la tercera ciudad del imperio y capital de las regiones del Oriente. Había allí algunos chipriotas y cirenenses que hablaban también a los griegos y les anunciaban la Buena Nueva del Señor Jesús. Aquella predicación tuvo un éxito sorprendente (Hch 11, 21-26). [...]

Tras la muerte de Herodes, Bernabé y Saulo volvieron a Antioquía, una vez cumplido su ministerio en Jerusalén. Esta vez traían consigo a Juan, por sobrenombre Marcos, sobrino de Bernabé (cf. Hch 12, 25).

El primer viaje misional

No habrían de permanecer mucho tiempo en aquella ciudad. Les aguardaba un amplio horizonte de evangelización que ya se venía vislumbrando desde hacía tiempo. La decisión de partir hacia Chipre seguramente se debe a razones personales de Bernabé. Sus padres habían vivido en aquella isla y sin duda esperaba encontrarse en ella con la ayuda de parientes y conocidos. [...] Una vez recorrida la isla, Pablo y sus compañeros se hicieron a la mar en Pafos y regresaron al continente. Llegaron al puerto fluvial de Perge de Panfilia. [...] Pablo y Bernabé decidieron subir a la meseta y llegaron a Antioquía de Pisidia. De la antigua ciudad, atravesada por la calzada que, partiendo de Éfeso, conducía hacia el Oriente, apenas nos quedan unos pocos arcos de un acueducto romano. El sábado los dos viajeros entraron en la sinagoga y, tras la lectura de la ley y los profetas, Pablo aprovechó la invitación que se le hizo para anunciar a Jesucristo con un discurso que resume los temas habituales de su predicación. La intervención en aquella liturgia del sábado tuvo un cierto éxito, de modo que los judíos más ortodoxos se enfrentaron violentamente a los misioneros. Aquél fue un momento importante para la nueva orientación evangelizadora (Hch 13, 46-52).

Antioquía de Pisidia debería ser para los cristianos venidos del mundo pagano un punto de referencia y de peregrinación espiritual. El rechazo de los judíos al Evangelio se convirtió en motivo de alegría y esperanza para los griegos y para todos los que les habrían de seguir en el camino de la fe.

Caminando hacia el Este, llegarían a Iconio. Una pequeña iglesia nos recuerda al paso de Pablo por aquella ciudad. Allí se detuvieron bastante tiempo. Ante su predicación, de nuevo se dividieron los ciudadanos: unos a favor de los judíos y otros a favor de los apóstoles. Ante el motín que se formó, Pablo y Bernabé huyeron a las ciudades de Licaonia, en concreto a Listra y Derbe y sus alrededores, para anunciar la Buena Nueva. [...] Predicaron en Perge, y se embarcaron en Atalía para regresar a Antioquía, de donde habían partido. A su llegada reunieron a la Iglesia y se pusieron a contar todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe. Y permanecieron no poco tiempo con los discípulos, (Hch 14, 27-28). Pablo y Bernabé son conscientes de que la misión no les pertenece. Habían sido enviados por la comunidad. A ella retornan para dar cuenta de lo que han predicado y de cómo les ha acompañado el Espíritu de Dios.

Antioquía era una ciudad de paso para todos los caminos del Oriente. [...] Los hermanos de Antioquía decidieron que Pablo y Bernabé y algunos de ellos subieran a Jerusalén, donde los apóstoles y presbíteros, para tratar esta cuestión. Fueron bien recibidos por aquella Iglesia, con excepción de algunos antiguos fariseos que insistían en la necesidad de circuncidar a los gentiles y mandarles guardar la ley de Moisés.

En la reunión de los apóstoles y presbíteros para tratar este asunto, fue definitiva la opinión de Pedro, quien había visto personalmente cómo el Espíritu de Dios se comunicaba también a los antiguos paganos que abrazaban la fe, sin hacer distinción entre judíos y griegos. El paso a la salvación no estaba marcado por la circuncisión sino por la gracia de Dios alcanzada para todos por el Señor Jesús.

Cuando la asamblea hubo escuchado a Bernabé y a Pablo contar todas las señales y prodigios que Dios había realizado por medio de ellos entre los gentiles, Santiago tomó la palabra para apoyar la opinión de Pedro. Se acababa de dar un paso gigantesco. No se trataba sólo de apoyar una opinión «aperturista». Se reconocía que el camino cristiano no era simplemente una forma de vivir el judaísmo. Jesús había aportado una novedad definitiva. Y la salvación no se adquiría por medio de las obras prescritas por la Ley de Moisés, sino por la fe en el Mesías Jesús.

Ésa era la doctrina predicada y la actuación seguida por Bernabé y Pablo. Por eso decidieron los apóstoles y presbíteros enviarlos de nuevo a

Antioquía acompañados por Judas, llamado Barsabás, y por Silas, que eran dirigentes entre los hermanos. Ellos serían los portadores de la decisión de aquel primer «concilio» (Hch 15. 23-29).

Fue grande la alegría que se apoderó de los hermanos de Antioquía al recibir este mensaje. Bernabé y Pablo se quedaron en aquella ciudad enseñando y anunciando la Buena Nueva, la palabra del Señor.

Pasado un tiempo, [...], los dos amigos terminaron por tomar caminos diversos. Pablo eligió por compañero a Silas para recorrer las tierras de Siria y también las de Cilicia, donde estaba Tarso, su ciudad natal. El Espíritu de Dios lo habría de llevar por caminos que él no podía imaginar.

Bernabé tomó consigo a Marcos y se embarcó de nuevo rumbo a Chipre, donde habían vivido sus mayores. Nada más sabernos de él. Para los cristianos, Bernabé es un personaje estimable y cercano. Es un cristiano de la primera hora, lleno de fe y del espíritu de Dios, un evangelizador incansable y un creyente de amplios horizontes. Él se atrevió a soñar una Iglesia en la que se viviera la unidad entre el pueblo judío y el pueblo procedente de la paganía. Su fe en el Mesías Jesús le hacía ver como posible ese milagro.

Algunas tradiciones aseguran que moriría lapidado en la isla de Chipre, y precisamente en Salamina, a principios del siglo II. Posteriormente se le atribuyeron diversos escritos apócrifos y pseudoepigráficos. Hacia el siglo V surge la leyenda que le atribuye la fundación de la diócesis de Milán.

La representación artística más antigua que conocemos de San Bernabé se encuentra en el friso de los apóstoles en el mosaico absidal de la basílica de San Pablo Extramuros, de Roma (siglo V).

José-Román Flecha Andrés

El día **12 de Junio de 2011** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).